

se multiplicaban cada día, pidió que le diesen por compañero al presbítero Eraclio para repartir con él los cuidados de la diócesi. Viéndose por este medio con algun alivio, emprendió la revision y el exámen de sus obras, que componian ya el número de doscientos treinta y dos libros, comprendidos en ochenta tratados de diferentes materias, sin incluir en ellos un número casi infinito de cartas y de sermones sobre asuntos muy importantes. Este exámen y esta revision produjo la obra de sus *retractaciones*, en que corrige todo lo menos justo, ó menos exacto que pudo habersele escapado, censurando y criticando sus escritos con extrema severidad. Habia ya algun tiempo que S. Agustin, consumido de penitencias y de trabajos, se sentia muy desfallecido, cuando el conde Bonifacio, resentido del emperador Valentiniano III, de quien se imaginaba desairado, llamó á los vándalos de España. Desembarcó en el Africa su rey Genserico al frente de ochenta mil hombres, y en menos de dos años se hizo dueño de toda ella, á escepcion de las tres ciudades principales Cartago, Hipona y Cirta. Muchos obispos se retiraron al acercarse los bárbaros; pero S. Agustin nunca quiso desamparar á su rebaño. Exhortábale todos los días á aplacar la cólera de Dios con la penitencia, no cesaba de llorar día y noche en la presencia del Señor, suplicándole que no perdonase al pastor, para que se salvarsen las ovejas. Estaba sitiada la ciudad, y sin esperanza de socorro. Pidió al Señor, que si era su voluntad que la ciudad cayese en poder de los bárbaros, le retirase de este mundo ántes que fuese testigo de aquella desdicha. Conoció que Dios le habia oído por la enfermedad en que cayó. Dispúsose para morir con un fervor muy correspondiente á aquella grande alma. Recibió los sacramentos con la fe y con la piedad que le animaba, y el día 28 de agosto del año 430 rindió tranquilamente su espíritu, rodeado de sus discípulos y de su clero, que todos se desahacian en lágrimas, siendo de sesenta y seis años de edad, y al tercer mes del sitio de la ciudad.

Tal fué la preciosa muerte de este hombre verdaderamente grande, á quien los mayores hombres de la Iglesia llaman la lumbrera de los doctores, el modelo de los prelados, el escudo de la fe, el almacén de la religion, la torre de David de donde penden mil arneses, el azote de los enemigos de Jesucristo, la columna de la Iglesia, y el mas iluminado maestro de la moral cristiana. Los sumos pontífices, y hasta los mismos concilios han hecho magníficos elogios de la doctrina de S. Agustin y de sus escritos. El papa S. Celestino engrandece su fe, y le llama, con otros pontífices sus predecesores, uno de los pri-

meros doctores de la Iglesia. S. Paulino le apellida sal de la tierra; S. Jerónimo el enemigo del error, y Severo Sulpicio industriosa abeja que sustenta á los fieles con la miel de su doctrina, y con el aguijon taladra de parte á parte á los herejes.

Fué enterrado su santo cuerpo con toda la solemnidad posible en la iglesia catedral. Al año siguiente se apoderaron los bárbaros de la ciudad; pusieronla fuego, pero las llamas perdonaron al sepulcro y á la libreria del Santo, donde estaban todas sus obras. Los obispos de Africa que fueron desterrados á Cerdeña llevaron consigo el santo cuerpo, y en su destierro los sirvió de mucho consuelo aquel precioso tesoro. Allí estuvo por espacio de doscientos seis años, hasta que Luitprando, rey de los longobardos, le hizo trasladar á Pavia el año de 712, y en aquella ciudad se conserva hasta el presente, espuesto á la pública veneracion.

#### SAN JULIAN, MÁRTIR DE ALVERNIA.

EL bienaventurado S. Julian fué natural de la ciudad de Viena, en Francia, y de noble linaje. Tenia entonces en aquella ciudad S. Ferriol amigo suyo oficio de tribuno; pero ejercitábalo de suerte que no dejaba por eso de emplearse mucho en el servicio de Dios, y holgaba tener en su compañía al bienaventurado san Julian, por verle siervo fidelísimo del Señor. Entendiendo san Ferriol la gran persecucion que amenazaba á los cristianos de la ciudad de Viena, indujo á S. Julian á que se fuese. Llegó en efecto la persecucion; y aunque Julian deseaba padecer el martirio, dejó sus padres y sus bienes, y fuése á la provincia de Alvernia, no por miedo á la muerte, sino porque lejos de su tierra mas fácilmente alcanzase la corona apetecida; porque temia que sus padres, con el amor que le tenian, no se lo disuadiesen. Llegó á un lugar llamado Beja, en el cual los gentiles hacian gran fiesta á sus ídolos; y como entendiése por revelacion, que sus contrarios iban tras él para prenderle, rogó á una viuda que le escondiese, para no ser hallado. Hizolo así la buena mujer, la cual tenia su casa no muy lejos del lugar donde hacian la fiesta los gentiles á sus dioses. Vinieron pues ellos, y la preguntaron por aquel hombre que habia recibido en su casa. Como la viuda negase haberle visto, ni saber de él, salió Julian del lugar donde estaba escondido, diciendo: «Yo soy á quien buscáis; haced lo que os mandan vuestros principes, que no quiero tanto esta miserable vida, que me estorbe desear infinito tro-

carla en otra, en que pueda gozar de la dulce presencia de mi Señor Jesucristo.» Dicho esto luego aquellos infernales ministros le cortaron la cabeza, y su santa alma voló al descanso de la bienaventuranza eterna. Acudieron ciertos hombres ancianos con mucha devoción á dar sepultura á su santo cuerpo, en los cuales mostró Dios tan grande milagro, que se hallaron remozados en un punto, recobrando sus fuerzas como cuando eran mozos.

Fué su martirio tal dia como hoy, cerca de los años del Señor 298, imperando en Roma Diocleciano. El bienaventurado S. Ferriol tomó la cabeza de este bendito mártir, y como despues fuese tambien martirizado, pusieron su sagrado cuerpo y la cabeza de S. Julian en un mismo sepulcro.

En el lugar donde martirizaron S. Julian hay una fuente clara y de regaladas aguas, en la cual los gentiles lavaron su santa cabeza, y su divina Majestad por honra del bendito mártir hace en aquella grandes milagros. Porque allí cobran vista muchos ciegos; los que padecen de tercianas ó cuartanas, cuando están en el ardor de la calentura, si van á beber de ella, hallan remedio, y de la misma suerte otros enfermos. Y como volase la fama de los milagros y maravillas que obraba Dios en los hombres por la intercesion del bienaventurado mártir S. Julian, acudian á su sepulcro muchos, donde alcanzaban grandes mercedes del Señor. De suerte que en aquel lugar, y en otros, hace Dios por él grandes prodigios, de los cuales recitaremos aquí algunos, porque recitarlos todos seria nunca acabar.

Un enfermo baldado de todos sus miembros fué puesto en un carro, y llevado á la iglesia del mártir, y estando en la noche delante la dicha iglesia, la vió muy resplandeciente, y oyó en ella voces de cantores como si fueran de muchos hombres. Mientras tanto el enfermo hacia oracion á Dios espantado del resplandor que habia visto, pasó delante de sus ojos la luz, y desapareciéndole, se halló sano y bueno, como si tal no tuviera.

Un ciego acompañado de su guia vino al altar de S. Julian, donde tocando con sus ojos la cubierta de la arca de las santas reliquias cobró vista. Y tambien los endemoniados tocados con la dicha cubierta curan.

Estuvo colgada encima del altar del Santo una cruz de alquimia hecha con tanta perfeccion, que parecia de oro purísimo, y viniendo los bárbaros en aquella provincia, uno de ellos pensó que era de oro y robóla. Pero castigóle Dios tanto, que al momento se halló pesadísimo, de tal suerte que no lo podia sufrir en manera alguna, el cual haciendo luego penitencia de su pecado, la restituyó.

Estando el diácono de aquella santa iglesia una noche en su cama, sintió un ruido en ella, como que le abrian las puertas, y escuchando con atencion lo que podria ser, parecióle despues de largo rato que las volvia á cerrar. Levantóse luego, y acudió con su luz al sepulcro de S. Julian, y vió que todo el suelo estaba cubierto de hermosísimas rosas, mucho mas grandes que las ordinarias, y de mas suave olor y fragancia, y tan frescas como si entonces las acabasen de coger. Tomólas el buen sacerdote con gran reverencia, y recogiólas en lugar decente.

A este santo mártir tienen mucha devocion en algunas partes de Cataluña, y especialmente en la iglesia parroquial de Vallfona, donde le tienen por patron. (*Domeneç.*)

*La misa es en honor de S. Agustin, y la oracion la que sigue:*

Escuchad favorablemente, ó Dios todopoderoso, nuestras muy humildes súplicas; y dignaos conceder por la intercesion de vuestro confesor y pontifice S. Agustin el efecto de vuestra acostumbrada misericordia á los que habeis dado la confianza de esperarla de vuestra infinita bondad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epístola es del cap. 4 de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, y la misma que el dia iv, pág. 78.*

#### REFLEXIONES.

*Predica la palabra; insta oportuna é importunamente.* No desistas de enseñar, aun cuando veas que no te quieren oír. Que haga bueno, que haga mal tiempo, siempre siembra el labrador. Toda semilla que ha de fructificar, se pudre en la tierra antes de arraigar y romper. Lo que se siembra en un genio distraído, y tal vez burlon y mofador, en un corazon duro y mal dispuesto, no pocas veces prende y fructifica cuando menos se piensa. El verdadero zelo es muy paciente; en el impetuoso se mezcla mucho de pasion, y no puede ser verdadero zelo. Todo zelo sin prudencia, sin discrecion, y sin caridad, es defectuoso; todo zelo que no sea muy arreglado y contenido es digno de temerse; siempre da en extremos, en nada repara, á nada atiende sino á sus preocupaciones, las mas veces injustas y mal fundadas: cuanto mas temeridades comete, mas se aplaude; y como siempre está acompañado de mucha ignorancia, sus mismas im-

prudencias le hacen mas fiero. Este indiscreto zelo es de ordinario mas culpable, y tambien mas frecuente en los que acaban de darse á la virtud, precipitándoles fácilmente en excesos de severidad, particularmente respecto de los otros. Señor, decian Santiago y S. Juan, animados de un zelo mas vivo de lo que convenia contra los samaritanos, porque habian echado de su país á los discipulos, Señor, ¿quereis que hagamos bajar fuego del cielo y los consuma? Era aquel zelo mas severo de lo que fuera razon; y así los respondió el Señor: *No sabeis de qué espíritu sois. Mézclase frecuentemente mucha ilusion en esa fogosidad, á quien siempre se la da el nombre de zelo: unos dejándose llevar de su natural dan en rigores excesivos; y otros en una reprehensible blandura. Algunas veces la misma virtud del confesor le sirve de ocasion para ser mas severo; y otras sus mismas imperfecciones y miserias le hacen demasidamente benigno: Muchas por mera especulativa se condena con demasiada prisa; y no pocas por la mucha práctica se absuelve con sobrada facilidad. Todo zelo falso es efecto de la pasion. Los que se mueven por él son bastantemente parecidos á los que el apóstol S. Judas llama *nubes sin agua, que agitadas á todas partes por los vientos se descanecen en relámpagos y en truenos.* El verdadero zelo siempre está acompañado de mucha prudencia, de mucho sosiego y de mucha suavidad.*

*El Evangelio es del cap. 3 de S. Matco.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbré á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestraluz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro

Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

### MEDITACION.

#### *Del amor de Dios.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que es cosa bien estraña el que tengamos necesidad de que se nos exhorte y se nos pruebe que debemos amar á Dios. ¿Cómo es posible conocer que Dios es el soberano bien, el origen de todos los bienes, el único bien verdadero, y que dejemos de amar á Dios desde que somos capaces de amarle? Precisamente, Dios mio, habeis de ser poco conocido cuando sois tan poco amado. ¿Qué cosa hay ni puede haber en todo el universo capaz de arrebatarnos nuestro corazon, que no posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad, en todos los objetos criados nada sois sino unas imperfectísimas sombras; solo Dios es grande, sabio, poderoso y bueno. No nos cansemos, por amable, por cabal que sea el objeto criado en quien hemos fijado nuestro corazon en este mundo, no es capaz de hacernos dichosos ni por un solo momento. ¡Cuántos enfadosos accidentes, cuántas mudanzas imprevistas, cuántos reveses, cuántos contratiempos turban nuestro corazon! El temor de que se canse, la certeza de que algun día se ha de perder, inquietan y sobresaltan. El amor de las criaturas es inseparable del desasosiego, de la turbacion y del dolor. Solo vos, mi Dios, solo vos que sois toda mi felicidad, solo vos podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. No hay sucesos, no hay acasos, no hay poder en el mundo para arrancarnos de mi alma, y en un objeto tan amable no tengo que rezelar ni mudanza ni disgusto. Pero supongamos se hallase un objeto criado que fuese digno de nuestro amor; ¿quién nos podria asegurar que él nos juzgase á nosotros dignos del suyo? Ese gran Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable no solo no se desdena de nuestro corazon, no solo no nos considera indignos de su amor; sino que nos impone un espreso precepto de que le amemos, y se complace estremadamente en un alma que le ama. El nacimiento oscuro, una medianía de talentos, una desgracia bastan para hacernos el desprecio del mundo; y en esas circunstancias tan humildes y tan abatidas nos mira Dios con unos ojos llenos de ternura. Despreciante los grandes, pero Dios te ama. Aborreciente los envidiosos y los concurrentes, pero Dios te mira con cariño; porque entre los favorecidos de Dios no hay envidias, ni emulaciones, ni competencias. Dios nos ama: ¡y será posible que nosotros no amemos á Dios!

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué afectos de reconocimiento y de amor no se encenderían en nuestro corazón, si supiéramos que el mayor monarca del mundo nos honraba con su benevolencia. ¡Ah, vos, mi Dios, me amais, no lo ignoro yo: todo me lo está gritando, todo me lo está convenciendo; y yo no os amaré! Sí: no solo es Dios infinitamente amable, sino que nos ama infinitamente. Son los beneficios la prueba más convincente del amor; ¡y cuántos hemos recibido de Dios! ¿No nos está colmando de ellos á cada momento, aun cuando nos valemós de los mismos beneficios para ofenderle? ¿A quién debes ese ser que tienes, y á quién debes todo lo que es menester para conservarle? ¿Ese cielo, esos astros, esa tierra, esos frutos son efectos menos visibles de la bondad del Criador? Todo eso es suyo, y todo lo crió Dios para tí y por tu amor. Busca dentro de tí ni fuera de tí bien alguno que no le hayas recibido de su mano, que no sea don de su infinita liberalidad. ¡Ah! que todo nos grita, todo nos predica que Dios nos ama; ¿cuándo podremos nosotros decir que amamos á Dios? ¿Pero dónde hay beneficio mayor que el de la redención? ¿Si un rey se hiciera esclavo por rescatar á un vasallo suyo, no sería esta una gran prueba de su amor? ¿no tendría derecho á esperar algunas señales de reconocimiento? Ese gran Dios, que á ninguna criatura había menester para ser infinitamente feliz, se hizo hombre, se hizo esclavo para que los hombres fuesen enteramente dichosos. Es verdaderamente incomprendible ese amor de mi Dios para con los hombres, yo lo confieso; ¿pero será menos incomprendible la tibieza, la frialdad y la ingratitud de los hombres para con Dios? Consideremos la vida y la muerte del Redentor: recorramos todos los misterios de nuestra religion; la Eucaristía, los sacramentos, y el fin de todos esos medios, que es nuestra eterna bienaventuranza. Todo eso hizo Dios para probarnos el exceso de su amor. ¿Salió con su intento? ¿qué te parece? ¿hizo bastante? ¿y debió hacer más? Creo, Señor, todas estas maravillas; pero creyéndolas, ¿de nada me acusa mi fe? ¡Ah, Señor! no solamente es justo que yo os ame, sino que en realidad solo en vuestro amor encuentro mi propio interés. No hay alegría pura, no hay paz, no hay reposo, no hay felicidad en la tierra sino en el corazón de los que os aman. ¡Qué prudentes, qué discretos fueron los santos, aquellos grandes hombres, aquellos superiores genios, en colocar toda su dicha, pura, y precisamente en amar á Dios! ¡qué dichoso fué un Agustino en vivir todo abrasado en el fuego del divino amor! ¿Pues de quién dependerá que no logre yo la misma dicha? Vuestro amor, ó mi Dios, vuestro amor; y esto me basta.

*Diligam te, Domine.* Esto es hecho, mi Dios, y todas mis cosas: yo os amaré sin repartimiento y sin reserva: mediante vuestra divina gracia voy desde luego á recompensaros de mi ingratitud por los aumentos de mi amor.

JACULATORIAS. — Bien sabeis, Señor, que nada deseo tanto como amaros. (*Joan. 21.*)

¿Quién será capaz de separarme del amor de mi Señor Jesucristo? (*Rom. 8.*)

### PROPOSITOS.

1 Un Dios infinitamente amable nos permite, nos solicita y aun nos manda que le amemos, pena de un suplicio eterno; ¿y quién obedece este mandamiento? Muéstrase el amor de mil maneras; el entendimiento solo se ocupa y solo se deleita en el objeto amado; la lengua nunca se cansa de hablar de él. ¡Qué ansia y qué solicitud en darle gusto! No se halla éste sino en todo lo que le agrada á aquél: todo cuanto se pone á su voluntad y á su inclinación nos da en rostro. Estas son las pruebas que de hoy en adelante han de acreditar tu amor á Dios. Si amas á Dios, pensarás en Dios frecuentemente; nunca le perderás de vista. Imponte una ley de no malograr ocasion alguna de hablar de Dios: esta será señal cierta de que le amas; pero sobre todo dedícate á darle gusto. Pídete cosillas al parecer pequeñas; la observancia de ciertas reglas menudas. Probarás que amas á Dios por esta exacta observancia.

2 Acostúmbrate á ejercitarte frecuentemente en actos de amor de Dios en todas ocasiones: en las visitas de atención, de obligación ó de necesidad; en las conversaciones ordinarias, en las ocupaciones y en el estudio. Un levantar el corazón á Dios, una palabrita que muestra el incendio de tu amor, un mirar al cielo tiernamente, fomentan, inflaman maravillosamente este divino fuego. Los mejores actos de amor de Dios son los menos estudiados; aquellos en que prorumpes de repente el corazón. Con todo eso te puedes servir de los que se te han sugerido al fin de la meditación. También te abastecerán de una multitud de ellos los soliloquios, las meditaciones y el libro de las confesiones de san Agustín. Dí á Dios muchas veces que le amas; esto conduce mucho para granjearnos su amor. No faltan el día de hoy personas virtuosas que hacen al día hasta dos mil actos de amor de Dios.